

Lelia fuese mi muger, segun aqui Crivelo me ha contado, digo que yo me tengo por muy dichoso y contento que su hijo Fabricio sea mi yerno, y d'hoy mas por consuegros y hermanos nos abracemos.

VERGINIO.

Que me place, y vamos derecho á mi aposento donde se celebrarán las bodas cumplidamente.

CRIVELO.

Sus, señores: si les pareciere alcanzar de la fiesta y confitura que allá dentro está aparejada, alléguese á la posada del señor Verginio, que, á fé de hombre de bien, segun el preparatorio, no falten quejosos; y por tanto, perdonen.

CORNUDO Y CONTENTO.

PASO.

PERSONAS. { LUCIO, doctor médico.
MARTIN DE VILLALBA, simple.
BÁRBARA, su muger.
GERÓNIMO, estudiante.

(Plaza de un lugar.)

LUCIO.

¡Oh miserabilis doctor! ¿Qué fortuna es esta, que no haya receptado en todo el dia de hoy recepta ninguna? ¿Pues mirad quién asoma para mitigar mi pena! Este es un animal, que le ha hecho encreyente su muger que está enferma, y ella hácelo por darse el buen tiempo con un estudiante; y él es tan importuno, que no lo hace con dos ni tres visitas al dia. Pero venga, que en tanto que los pollos en el corral le turaren, nunca su muger estará sin fiebre. Sea bien allegado el bueno de Alonso de.....

MARTIN.

No, no, señor Licenciado, Martin de Villalba me llamo, para toda su honra.

LUCIO.

Salus atque vita. ¿Para qué era nada desto, hermano Martin de Villalba?

MARTIN.

Señor, perdóneme vuesa merced, que aun estan todavía pequenuelos, pero sane mi muger, que yo le prometo un ganso que tengo á engordar.

LUCIO.

Déos Dios salud.

MARTIN.

No, no, primero á mi muger, plegue á Dios, señor.

LUCIO.

Mochacho, toma esos pollos, ciérrame esa gelosía.

MARTIN.

No, no señor, que no son pollos de gelosía, vuesa merced puede estar descuidado. ¿Sabe cómo los ha de comer?

LUCIO.

No por cierto.

MARTIN.

Mire, primeramente les ha de quitar la vida y plumallos, y echar la pluma, y los hígados, si los tuvieren dañados.

LUCIO.

¿Y despues?

MARTIN.

Despues ponellos á cocer, y comer si tuviere gana.

LUCIO.

Bien me parece todo eso. ¿Pues cómo se ha sentido esta noche vuestra muger?

MARTIN.

Señor, algun tanto ha reposado, que como ha dormido en casa aquel su primo el estudiante, que tiene la mejor mano de ensalmador del mundo todo, no ha dicho en toda esta noche, aquí me duele.

LUCIO.

Yo lo creo.

MARTIN.

Guárdenos Dios del diablo.

LUCIO.

¿Y queda en casa?

MARTIN.

Pues si aqueso no huese, ya sería muerta.

LUCIO.

¿Tomó bien la purga?

MARTIN.

¡A mi madre! Ni aun la quiso oler: pero buen remedio nos dimos porque le hiciese impresion la melicina.

LUCIO.

¿Cómo así?

MARTIN.

Señor, aquel primo suyo como es muy letrado, sabe lo qu'el diablo deja de saber.

LUCIO.

¿De qué manera?

MARTIN.

Díjome: mirad, Martin de Villalba, vuestra muger está de mala gana, y es imposible que ella beba nada desto: vos decís que quereis bien á vuestra muger: dije yo, á mi madre, no esteis en eso, que juro á mí que la quiero como las coles al tocino. Dijo él entuences, pues tanto monta: bien os acordais que cuando os casaron con ella, dijo el crego ser unidos en una misma carne. Dije yo, asi es verdad: dijo él, pues siendo verdad lo qu'el crego dijo, y siendo toda una misma carne, tomando vos esa purga, tanto provecho le hará á vuestra muger como si ella la tomase.

LUCIO.

¿Qué hicistes?

MARTIN.

Pardiez, apenas hubo acabado la zaguera palabra cuando ya estaba el escudilla mas limpia y enjuta que la podia dejar el gato de Mari Jimenez, que creo que no hay cosa mas desbocada en toda esta tierra.

LUCIO.

Bien le aprovecharia.

MARTIN.

Guárdenos Dios: yo fui el que no pude mas pegar los ojos, que ella á las once del dia se despertó, y como á mí me habia quedado aquella madrugada tan enfecto el estrómago con aquello de la escudilla, hizole

tanto provecho á ella, que se levantó con una hambre, que se comiera un novillo si se lo pusieran delante.

LUCIO.

¿En fin?

MARTIN.

En fin, señor, que como no me podia menear del dolor que en estos hijares sentia, díjome su primo: andad mal punto que sois hombre sin corazon: de una negra purguilla estais, que me pareceis un buho serenado: entuences el señor diciendo y haciendo, apañó una gallina por aquel pescuezo, que parece que agora lo veo, y en un santiamen fue asada y cocida, y traspillada entre los dos.

LUCIO.

Hiciérame yo al tercio, como quien juega á la primera de Alemaña.

MARTIN.

¡A mi madre! Bien lo quisiera yo, sino que me hicieron encreyente que le haria daño á mi muger lo que yo comiere.

LUCIO.

Hicistes muy bien, mirad quién ha de vivir seguro de aqui adelante: segun me parece, á vos basta que curemos.

MARTIN.

Sí señor, pero no me mande mas de aquello de la'scudilla, sino no será mucho á muchas escudilladas ahorrar de tripas, y quedarse el cuerpo como cangilon agugereado.

LUCIO.

Agora pues, yo tengo ciertas visitas, id en buen hora, y acudíos por acá mañana, que con un buen regimiento que y'os ordenaré, basta para que se acabe de curar.

MARTIN.

Dios lo haga, señor.

ESTUDIANTE.

Por el cuerpo de todo el mundo, señora Bárbara, veis aquí á vuestro marido que viene de hácia casa del doctor Lucio, y creo que nos ha visto. ¿Qué remedio?

BÁRBARA.

No tengais pena, señor Gerónimo, que yo le enalbardaré como suelo, hacerle hé encreyente que vamos á cumplir ciertos votos que convienen para mi salud.

ESTUDIANTE.

¿Y creerlo ha?

BÁRBARA.

¿Cómo si lo creará? Mal lo conocéis: si yo le digo que en lo mas fuerte del invierno se vaya á bañar en la mas helada acequia, diciendo que es cosa que importa mucho á mi salud, aunque sepa ahogarse, se arrojara con vestidos y todo. Háblele.

ESTUDIANTE.

Bien venga el señor Martin de Villalba, marido de la señora mi prima, y el mayor amigo que tengo.

MARTIN.

¡Oh señor primo de mi muger! Norabuena vea yo aquea cara de pascua de hornazos. ¿Dónde bueno? ¿Ó quién es la revestida, como borrica de llevar novias?

ESTUDIANTE.

Déjala, no la toques, una moza es que nos lava la ropa allá en el pupilage.

MARTIN.

¿Mas, á fé?

ESTUDIANTE.

Sí en mi ánima, ¿habíate decir yo á ti uno por uno?

MARTIN.

Bien lo creo, no te enojés: ¿y adónde la llevas?

ESTUDIANTE.

A casa de unas beatas, que le han de dar una oracion para el mal de la jaqueca.

MARTIN.

¿Búrlasme, dí?

ESTUDIANTE.

No, por vida tuya, y de cuanto luce delante mis ojos.

MARTIN.

V'en buen hora, ¿has menester algo?

ESTUDIANTE.

Dios te dé salud, no agora.

MARTIN.

Como tú desees.

BÁRBARA.

¡Oh grande alimaña! que aún no me conoció.
Aguija, traspongamos.

MARTIN.

Ola, ola, primo de mi muger.

ESTUDIANTE.

¿Qué quieres?

MARTIN.

Aguarda, cuerpo del diablo, que ó yo mengaño,
ó es aquella saya la de mi muger; sí, ella es: ¿dónde
me la llevas?

BÁRBARA.

¡Ah don traidor! Mirad qué memoria tiene de mí,
que topa su muger en la calle, y no la conoce.

MARTIN.

Calla, no llores, que me quiebras el corazon, que
yo te conoceré, muger, aunque no quieras de aqui
adelante; pero dime, ¿dónde vas? ¿volverás presto?

BÁRBARA.

Sí volveré, que no voy sino á tener unas novenas
á una santa con quien yo tengo grandísima devocion.

MARTIN.

¿Novenas? ¿Y qué son novenas, muger?

BÁRBARA.

¿No lo entendeis? Novenas se entiende que tengo
de estar yo allá encerrada nueve dias.

MARTIN.

¿Sin venir á casa, álima mia?

BÁRBARA.

Pues, sin venir á casa.

MARTIN.

Sobresaltado me habias, primo de mi muger, bur-
lonazo, maldita la sangre que me habias dejado en-
gotada.

BÁRBARA.

Pues concédeme una cosa.

MARTIN.

¿Y qué, muger de mi corazon?

BÁRBARA.

Que ayuneis vos todos estos dias que yo allá estu-
viere á pan y agua, porque mas aproveche la devocion.

MARTIN.

Si no es mas que aqueso, soy muy contento: v'en
buen hora.

BÁRBARA.

A Dios: mirad por esa casa.

MARTIN.

Señora muger, no te cumple hablar mas como en-
ferma, que el doctor me ha dicho que á mí me ha de
curar, que tú, bendito Dios, ya vas mejorando.

ESTUDIANTE.

Quedad en buen hora, hermano Martin de Villalba.

MARTIN.

Ve con Dios: mira, primo de mi muger, no dejes de aconsejarla que si se halla bien con las novenas, que las haga decenas, aunque yo sepa ayunar un dia mas por su salud.

ESTUDIANTE.

Yo lo trabajaré, queda con Dios.

MARTIN.

Y vaya con él.

PAGAR Y NO PAGAR.

PASO.

PERSONAS. { BREZANO, hidalgo.
CEVADON, simple.
SAMADEL, ladrón.

(Sala de casa particular.)

BREZANO.

HORA, no es cosa extraña que á un hidalgo como yo se le haya hecho semejante afrenta y agravio cual este, y es que un casero de esta mi casa en que vivo, sobre cierto alquiler que le quedé á deber, me ha enviado á emplazar docientas veces. Yo quiero y tengo determinado de llamar á Cevadon mi criado, y dalle los dineros para que se los lleve. Ola, Cevadon, sal acá.

CEVADON.

Señor, señor, ¿llama vuesa merced?

BREZANO.

Sí señor, yo llamo.